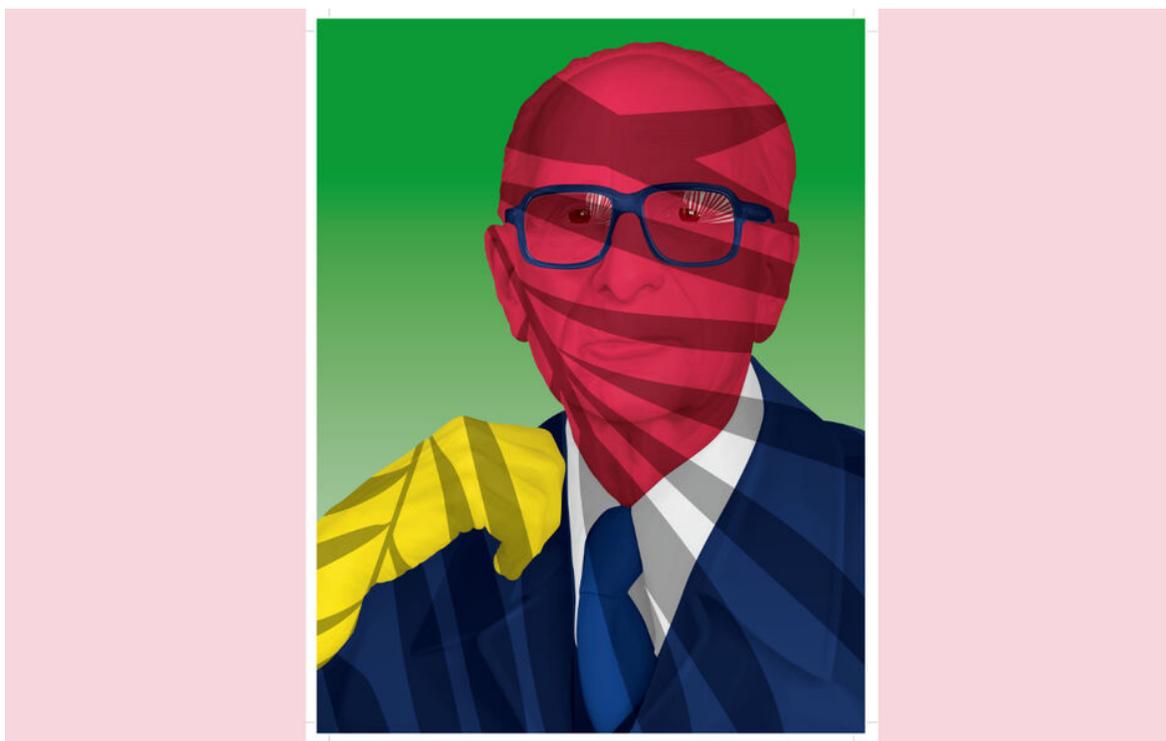


pantopía nº 76

homenaje a otro pantopólogo: Lévi-Strauss

cuarta semana de octubre de 2023



“Tristes trópicos”: Lévi-Strauss en el corazón de la humanidad

4 artículos [publicados el 16 de agosto de 2023](#)

¿Se tratará del relato de un viaje? ¿O de un trabajo etnológico de terreno? ¿O será una autobiografía intelectual? ¿O un diario filosófico? ¿Una obra literaria? O tal vez ¿un ensayo en forma de balance de la civilización occidental? Las

ambivalencias de *Tristes Trópicos* son como la imagen de la personalidad de su autor, **Claude Lévi-Strauss**: rica y compleja.

La aventura de un clásico

“Tristes trópicos”: el libro mundo

Frédéric Manzini, publicado el 16 de agosto de 2023

Claude Lévi-Strauss, las fechas claves

1908 nace en Bruselas, donde sus padres franceses estaban de residencia pasajera, pero crece en París.

1935 se va al Brasil, oficialmente para enseñar sociología en la Universidad.

1955 publica *Tristes Tropiques*.

1959 es nombrado profesor del Collège de France.

1973 es elegido a la Académie française.

2008 su obra entra en la colección de la Pléiade.

2009 fallece en París.

¿En qué se sostiene un destino? El de Claude Lévi-Strauss (1908-2009) se jugó precipitadamente «*un domingo del otoño de 1934, a las nueve de la mañana, en una llamada telefónica*». Joven habiendo pasado el concurso de filosofía, enseñaba entonces en el liceo de Laon, pero estaba insatisfecho con su situación, asustado con la perspectiva de tener que repetir los mismos cursos a todo lo largo de su vida. Es así como acepta la propuesta que se le hace de ocupar la cátedra de sociología en la universidad de São Paulo recién creada. Su decisión, que lanza la gran aventura de su vida, estará igualmente en el origen de un verdadero trastrueque en la vida intelectual de la postguerra.

La enseñanza de la sociología, en tanto que tal, tampoco atraía mucho al joven Lévi-Strauss. Es cierto que alentaba la ambición de abrazar una carrera universitaria – así como igualmente trataba de componer una ópera, dibujar, escribir guiones para el cine, cursar la carrera de derecho o meterse en política en la defensa de las ideas socialistas. Pero todos estos proyectos se hicieron humo. Incluso la filosofía, que sin embargo era lo que había escogido, no le satisfacía en su práctica institucional. En el capítulo «Cómo se llega a ser etnógrafo» que figura al comienzo de *Tristes Trópicos*, él condena severamente la «*gimnástica*» intelectual que se enseña en la Sorbonne. El art(ificio) de la disertación filosófica le parece una retórica verbalística y vacía: «*La filosofía no era ancilla scientiarum, la sirvienta y la auxiliar de la exploración científica, sino una especie de contemplación estética de la conciencia en sí mismo [...]. El gusto por la verdad era reemplazado por la habilidad*» Con todo y un acento rusioniano, él ve sobre todo tras esos sabios ejercicios que hacen trabajar la inteligencia un funesto y asfixiante resecamiento del espíritu.

Para reencontrar el gusto por la vida y el de la verdad era menester pues partir. Y en lo posible bien lejos, dispuesto a hacer un gran salto a lo desconocido. Pues Lévi-Strauss no sólo quiere lo verdadero sino también lo novedoso. Y al

respecto Brasil era el destino ideal, pues tenía todo lo del nuevo mundo, además de ofrecer un inigualable terreno de observación. A los 26 años, en febrero de 1935, parte pues por cuatro años que se revelarán decisivos. Pronto se revela que Lévi-Strauss no llena exactamente las expectativas que se tenían con él, ni del lado brasileño ni del lado francés; no tiene pues la intención de predicar la sociología de Augusto Comte y la de Émile Durkheim, que para él sólo representa una «*filosofía de las ciencias sociales*» demasiado especulativa. Prefiere aprovechar su libertad pedagógica para organizar expediciones etnográficas en el corazón del Brasil, trabajo de campo, al encuentro de poblaciones indígenas aisladas. Ha encontrado su vocación: se dedicará a la antropología. Fue bajo la influencia de su compañera, Dina Dreyfus (1911-1999), a la que desposa en 1932, que funda allá la primera sociedad etnología brasileña. En todo caso fue en pareja que realizaron las pesquisas, que observaron los ritos, tomando notas y fotografías. Claude Lévi-Strauss Incluso llegará a servirse de los apuntes de campo de la que por entonces ya se llamaba Dina Lévi-Strauss para redactar, muchos años más tarde, *Tristes Trópicos*, puesto que aunque llenó muchos cuadernos y publicó algunos artículos durante su estancia en Brasil, no emprendió todavía la escritura de ningún libro.

El primer contacto con los indígenas hace que estallen los sueños de exotismo y los prejuicios que aún podía tener Lévi-Strauss. El verano de su llegada, en 1935, efectúa una excursión al Paraná que le deja una impresión agrídulce, como lo cuenta en el capítulo XVII de *Tristes Trópicos*. Descubre tribus a la vez diezmadas por las persecuciones y marcadas por los esfuerzos desplegados por el gobierno para integrarlos a la civilización, a imagen de la extraña manera como los objetos antiguos y las prácticas tradicionales se mezclaban con los artículos modernos más heteróclitos: «Así pues, con gran pena de mi parte, los indios del Tibagí no eran enteramente «verdaderos indios» ni (sobre todo) «salvajes». Pero, despojando de su poesía la imagen ingenua que el etnógrafo principiante se forma de sus experiencias futuras, me daban una lección de prudencia y objetividad. Al encontrarlos menos intactos de lo que esperaba, me daría cuenta de que encerraban mucho más misterio de lo que su apariencia exterior dejaba suponer» (Paidós, p. 158).

Explorar lo humano

El aprendiz de antropólogo quiere pues llevar la exploración más allá. Emprende expediciones más largas en dirección a poblaciones indias más recónditas en la región del Mato Grosso, hasta las sociedades bororo y caduveo y, sobre todo, hasta donde los nambikwara, tribu nómada en declive. El relato de lo cotidiano compartido con estos últimos constituye por lo demás el climax de *Tristes Tropiques*. Pinta este encuentro en un cuadro bien emocionante en

tanto que contradice la descripción que de ellos han hecho los misioneros gringos protestantes algunos años antes, y que consideraban a los nambikwara huraños, mal educados y groseros. Acercárseles y realmente relacionarse con ellos le permitió a Lévi-Strauss lanzar sobre ellos una mirada muy diferente, marcada por la empatía y por sentimientos fraternos. La simplicidad de sus costumbres, la malicia de sus abrazos amorosos y su alegre humor lo conmueven e incluso lo iluminan. Allá, cree percibir en efecto *«la melancolía soñadora que de tanto en tanto invade el alma nambiquara»* (p. 327), se sorprende sintiendo piedad ante su miseria y viéndose abrumado ante el espectáculo de *«una humanidad tan totalmente indigente»* cuando llega el mal tiempo. El observador científico se convierte en poeta cuando escribe en tono de confidencia: *«En todos se adivina una inmensa gentileza, una profunda apatía, una ingenua y encantadora satisfacción animal y, uniendo esos sentimientos diversos, algo así como la expresión más conmovedora y más verídica de la ternura humana.»*

Venido a estudiar una tribu primitiva, aprestándose a encontrar la alteridad, Lévi-Strauss se ha encontrado pues frente a una realidad a la vez más acá y más allá de sus expectativas: *«Estaba buscando una sociedad reducida a su más simple expresión. La de los nambikwara lo era al punto que allí solamente encontré hombres»* Esta experiencia en la que *«la fraternidad humana adquiere un sentido concreto»* lo interpela y le revela a él mismo y al destino del que, retrospectivamente, él piensa que lo llevaba consigo, puesto que *«como las matemáticas o la música, la etnografía constituye una de esas raras vocaciones auténticas. Uno puede descubrirla en sí mismo, aunque no se la hayan enseñado»*. En este sentido, *Tristes Tropiques* es un libro profundamente reflexivo, que tiene más de los *Ensayos* de Montaigne que de una historia de viajes exóticos que describiría el carácter pintoresco de las costumbres extranjeras. La célebre primera frase del libro lo afirma de manera tan clara como contundente: *«Odio los viajes y los exploradores»*. Sin duda hay mucho de provocación por parte de un escritor que tiene en el corazón que zanjar con los relatos etnográficos habituales que acumulan anécdotas sobre la vida de las poblaciones lejanas a punto de extinguirse en la indiferencia de un Occidente colonizador, en una época aún satisfecho de sí mismo y profundamente convencido de su superioridad. Lévi-Strauss no duda pues en anunciar *«el fin de los viajes»* y *«el fracaso de la evasión»*, al mismo tiempo que prefiere interrogarse a sí mismo (*«¿Qué he venido a hacer aquí? ¿Con qué esperanza? ¿Con qué fin?»*) comparando para ello su elección *«radical»* con la situación de sus *«condiscípulos más sabios»* que se quedaron en la metrópoli y ascendiendo silenciosamente la escalera de su notable carrera.

La escritura de la melancolía

Sin duda que la distancia de los casi veinte años que separan el comienzo de la aventura brasileña de la escritura de *Tristes Trópicos* cuenta mucho en este balance de vida al que se entrega Lévi-Strauss. Mientras tanto cambió mucho. Su contrato en São Paulo no fue renovado, y le tocó regresar a Francia

la víspera de la Segunda Guerra mundial; se separó de su esposa, se exilió en los EE. UU. donde aprovechó para estudiar el pensamiento etnológico norteamericano, se comprometió en la Resistencia, se divorció, se volvió a casar, tuvo un hijo, luego divorció nuevamente y se volvió a casar, sostuvo y publicó su tesis sobre las «*estructuras elementales del parentesco*» en 1949, lo que le permitió ser nombrado sub-director del museo del Hombre y de conseguir un puesto de director de estudios en la École pratique des hautes études. Y sin embargo no estaba contento, pues luego de haber tenido dos fracasos para ser elegido profesor del Collège de France, tenía el sentimiento de que su situación profesional estaba en un callejón. Lo que vino después mostrará lo equivocado que estaba porque algunos años más tarde, en 1959, lo nombraron para que ocupara la cátedra de antropología social de la prestigiosa institución, lo que le permitió darle un nuevo aliento a sus investigaciones.

Lo que hace que en el momento en que redacta *Tristes Tropiques*, Lévi-Strauss esté padeciendo una carencia de perspectiva y de reconocimiento, como en eco al sentimiento de desolación que emana de sus consideraciones sobre la suerte de los Indios de los que sabe que están condenados a desaparecer bajo los golpes del progreso de la mundialización. ¿Son las dudas que lo asaltan las que dan a su escritura ese acento tan particular, a la vez para una obra de antropología en general pero también en el seno mismo de un corpus lévi-straussiano que por lo demás es sabio pero particularmente austero y difícil? El carácter inimitable de *Tristes Trópicos* viene de que él se dirige tanto a la sensibilidad como a la inteligencia. Además de su tonalidad literaria y melancólica, el estilo exaltado con el que está redactado, el virtuosismo de su pluma y su sentido agudo de la fórmula seducen hasta el jurado del premio Goncourt que, en un acontecimiento nada banal llegará hasta dividirse en torno a la publicación de un comunicado para expresar su pesar de no poder premiar un libro por no ser una «*obra de imaginación*» como lo exige su reglamento. Evidentemente que el jurado del Goncourt no va a ser el único en caer bajo su encanto desde su publicación; además de Raymond Aron & Michel Leiris, numerosos escritores como Maurice Blanchot o Max-Pol Fouchet lo saludan, mientras que Georges Bataille publica una elogiosa reseña declarando con entusiasmo que ese es «*un libro humano, un gran libro*».

Sabiduría de la antropología

Sin embargo, cuando *Tristes Trópicos* aparece en 1955, el contexto no era para nada favorable al mensaje poderoso que contiene y que se sitúa mucho más allá de su dimensión científica. Ciertamente que las ciencias humanas están de moda y la cuestión de la descolonización, y por ende la suerte reservada a las diferentes culturas del mundo, se ha vuelto cada vez más apremiante. Pero es también el período de los Treinta Gloriosos, el de la sociedad de consumo, del crecimiento y de la prosperidad económica. Ahora bien, más allá del relato de la expedición e incluso de las reflexiones personales de Lévi-Strauss sobre su destino de etnólogo, *Tristes Trópicos* expresa también una visión de un mundo que levanta un sombrío inventario de lo que ha hecho

mal la civilización occidental. ¿Qué hicimos con esas civilizaciones en vías de desaparición? ¿No será ya tarde para salvar lo que queda de esa riqueza y de esa belleza humanas en un mundo que se uniformiza cada vez más? Es a un examen de consciencia al que invita Lévi-Strauss cuando escribe: «*Puesto que ser hombre significa para todos nosotros pertenecer a una clase, a una sociedad, a un país, a un continente y a una civilización; puesto que para nosotros, europeos y terráqueos, la aventura en el corazón del Nuevo Mundo significa en primer lugar que ése no fue el nuestro y que llevamos en nosotros el crimen de su destrucción; además, que ya no habrá otro: [...] sepamos, por lo menos, expresarlo en sus términos primeros*» (p. 447)

Estas líneas, extraídas del capítulo «Un vasito de ron» en el que es ampliamente cuestión de «*faltas*», de «*pecado original*», de «*expiación*» y de «*rescate*», muestran hasta qué punto la última sección del libro parece acechada por la cuestión del mal, por la de la culpabilidad y quizás incluso por la de la salvación, como lo muestran los últimos dos capítulos de *Tristes Trópicos* que abordan expresamente el dominio de la religión, comparando para ello las virtudes respectivas del budismo, del cristianismo y del islam. Sin estar particularmente trabajado por la cuestión de la relación con Dios en tanto que tal, Lévi-Strauss está sobre todo a la búsqueda de una moral redentora, de una esperanza y de una sabiduría que puedan dar sentido a la condición humana. Lévi-Strauss en efecto se hace de la antropología una idea mucho más exaltada que la de una simple ciencia: porque ella permite comprender las relaciones sociales y el lugar del ser humano en el seno de la naturaleza, él considera que ella puede ayudar a despertar las consciencias sobre los peligros más deletéreos que rondan a la humanidad, por ejemplo el racismo, la explosión demográfica o la amenaza ecológica. Y si su altura de miras y su clarividencia ante lo que se ha vuelto hoy un envite mayor de nuestras sociedades no fue apreciado plenamente en esa época, ellas nos ofrecen una razón de más para releerlo hoy.

La aventura de un clásico

¿Habla Ud. Lévi-Strauss?

Frédéric Manzini, publicado el 16 de agosto de 2023

A través de la redefinición de conceptos clásicos, Claude Lévi-Strauss renueva nuestra mirada sobre las sociedades humanas en general y sobre la civilización occidental en particular.

Anthropología

Para Lévi-Strauss, la antropología no es una disciplina como las otras sino la que «*enfrenta un conocimiento global del hombre, abrazando su tema en toda su extensión histórica y geográfica; aspirando a un conocimiento aplicable al conjuntos del desarrollo humano*» y cuyas conclusiones son «*válidas para todas las sociedades*»

humanas, desde la gran ciudad moderna hasta la más pequeña tribu melanesia» (Antropología estructural, 1958).

Barbarie & civilización

En *Raza e Historia* (1952), Lévi-Strauss define el reflejo etnocentrista como que consiste en considerar en tanto que bárbaros a todas las formas culturales alejadas de las que nosotros conocemos. Pero la verdadera civilización es la que respeta la diversidad de las culturas y su coexistencia no solamente pacífica sino feliz.

Escritura

En el capítulo XXVIII de *Tristes Trópicos*, Lévi-Strauss constata que los nambikwara no conocen la escritura y se pregunta si, «*luego de haber descartado todos los criterios propuestos para distinguir la barbarie de la civilización*», se podría «*al menos*» retener el de la escritura. Su respuesta es negativa pues «*en el neolítico, la humanidad dio pasos de gigante sin la ayuda de la escritura*». Según él, ésta no sirve tanto para «*consolidar los conocimientos*» como para «*apretar las dominaciones*» y para controlar las poblaciones.

Libertad y derechos del hombre

En *Le Mirada distante* (1983), Lévi-Strauss interroga la universalidad de los derechos del hombre buscando «*un fundamento de las libertades cuya evidencia sea bastante fuerte como para que se imponga indistintamente a todos*». Su respuesta va a consistir en sostener que «*el hombre posee ante todo derechos a título de ser viviente [pero que] estos derechos encuentran sus límites naturales en los derechos de las otras especies*».

Naturaleza y cultura

A todo lo largo de su vida, Lévi-Strauss estuvo pendiente de la cuestión del punto de oscilación entre naturaleza y cultura, que pensó encontrar en la prohibición del incesto (*Las Estructuras elementales del parentesco*, 1949) o en la práctica de la cocción de los alimentos (*Lo Crudo y lo Cocido*, 1964).

Sociedades calientes y sociedades frías

Antes que situarlas con respecto a su grado de avance o de desarrollo en la escala del «progreso», Lévi-Strauss prefiere distinguir las sociedades «*calientes*», de historia agitada y que buscan la innovación permanente, de las sociedades «*frías*», que reposan sobre ritos y tradiciones y cuya historia es lenta, por no decir invisible. Sin embargo no se trata de calificar dos estados, dado que una sociedad fría puede llegar a recalentarse, e inversamente.

Estructuralismo

Más allá de la diversidad de formas que toman las manifestaciones culturales (por ejemplo, mitos, relaciones de parentesco, etc.) en las diferentes sociedades, la obra de Lévi-Strauss busca sacar a luz las estructuras subyacentes a las que ellas obedecen, que poseen lógicas invariantes, simbólicas e inconscientes.

La aventura de un clásico

Lévi-Strauss al final de *Tristes trópicos*

(...)

Como etnógrafo, dejo entonces de ser el único que sufre una contradicción que es la de la humanidad entera y que lleva su razón en sí. La contradicción permanece solamente cuando aislo los extremos: ¿para qué sirve actuar, si el pensamiento que guía la acción conduce al descubrimiento de la ausencia de sentido? Pero este descubrimiento no es inmediatamente accesible: tengo que pensarlo y no puedo pensarlo de golpe. Ya sean doce las etapas, como en la *Bodhi*, ya sean más o sean menos, existen todas juntas, y para llegar hasta el fin estoy perpetuamente llamado a vivir situaciones que exigen todas algo de mí: me debo a los hombres como me debo al conocimiento. La historia, la política, el universo económico y social, el mundo físico y el cielo mismo, me rodean de círculos concéntricos de los cuales no puedo evadirme por el pensamiento sin conceder a cada uno de ellos una parte de mi persona. Así como el guijarro, que golpea una onda y llena su superficie de círculos al atravesarla para alcanzar el fondo, debo antes lanzarme al agua.

El mundo comenzó sin el hombre y terminará sin él. Las instituciones, las costumbres y los usos, que yo habré inventariado en el transcurso de mi vida, son la eflorescencia pasajera de una creación en relación con la cual quizá no posean otro sentido que el de permitir a la humanidad cumplir allí su papel. Lejos de que ese papel le marque un lugar independiente, y de que el esfuerzo del hombre —aun condenado— consista en oponerse vanamente a una decadencia universal, aparece él mismo como una máquina, quizá más perfeccionada que las otras, que trabaja por la disgregación de un orden original y precipita una materia poderosamente organizada hacia una inercia siempre mayor, que un día será definitiva. Desde que comenzó a respirar y a alimentarse hasta la invención de los instrumentos termonucleares y atómicos, pasando por el descubrimiento del fuego —y salvo cuando se reproduce a sí mismo— el hombre no ha hecho nada más que disociar alegremente millares de estructuras para reducirlas a un estado donde ya no son susceptibles de integración. Sin duda, ha construido ciudades y ha cultivado campos; pero, cuando se piensa en ello, esas realizaciones son máquinas destinadas a producir inercia a un ritmo y en una proporción infinitamente más elevados que la cantidad de organización que implican. En cuanto a las creaciones del espíritu humano, su sentido sólo existe en relación con éste y se confundirán en el desorden cuando haya desaparecido. Así, la civilización, tomada en su conjunto, puede ser descrita como un mecanismo prodigiosamente complejo donde nos gustaría ver la oportunidad que nuestro universo tendría de sobrevivir si su función no fuera la de fabricar

lo que los físicos llaman entropía, es decir, inercia. Cada palabra intercambiada, cada línea impresa, establece una comunicación entre dos interlocutores equilibrando un nivel que se caracterizaba antes por una diferencia en la información, y por lo tanto una organización mayor. Antes que «antropología» habría que escribir «entropología» como nombre de una disciplina dedicada a estudiar ese proceso de desintegración en sus manifestaciones más elevadas.

Sin embargo, existo. No ciertamente como individuo; pues ¿qué soy desde ese punto de vista, sino la postura, a cada instante cuestionada, de la lucha entre otra sociedad, formada por algunos millares de células nerviosas que se cobijan bajo el hormiguero del cráneo, y mi cuerpo, que les sirve de robot? Ni la psicología, ni la metafísica, ni el arte, pueden servirme de refugio, mitos pasibles ahora también en su interior de un nuevo tipo de sociología que nacerá algún día y que no será con ellos más benevolente que la otra. El yo no es digno sólo de odio: no hay distancia entre un *nosotros* y una *nada*. Y si opto finalmente por ese nosotros, aunque se reduzca a una apariencia, es que, a menos que me destruya —acto que suprimiría las condiciones de la opción—, no tengo más que una elección posible entre esa apariencia y nada. Ahora bien, basta con que elija para que, por esta misma elección, yo asuma sin reservas mi condición de hombre: liberándome por ello de un orgullo intelectual cuya vanidad mido por la de su objeto, acepto también subordinar sus pretensiones a las exigencias objetivas de la liberación de una multitud a quien se niegan siempre los medios para tal opción.

Si el individuo ya no está solo en el grupo y cada sociedad ya no está sola entre las cosas, el hombre no está solo en el universo. Cuando el arco iris de las culturas humanas termine de abismarse en el vacío perforado por nuestro furor, en tanto que estemos allí y que exista un mundo, ese arco tenue que nos une a lo inaccesible permanecerá, mostrando el camino inverso al de nuestra esclavitud, cuya contemplación —a falta de recorrerlo— procura al hombre el único favor que sabe merecer: suspender la marcha, retener el impulso que lo constriñe a obturar una tras otra las fisuras abiertas en el muro de la necesidad y acabar su obra al mismo tiempo que cierra su prisión; ese favor que toda sociedad codicia cualesquiera sean sus creencias, su régimen político y su nivel de civilización, donde ella ubica su descanso, su placer, su reposo y su libertad, oportunidad esencial para la vida, de *desprenderse* y que consiste —¡adiós salvajes! ¡adiós viajes!— durante los breves intervalos en que nuestra especie soporta suspender su trabajo de colmena, en aprehender la esencia de lo que fue y continúa siendo más acá del pensamiento y más allá de la sociedad: en la contemplación de un mineral más bello que todas nuestras obras, en el perfume, más sabio que nuestros libros, respirado en el hueco de un lirio, o en el guiño cargado de paciencia, de serenidad y de perdón recíproco que un acuerdo involuntario permite a veces intercambiar con un gato.

12 de octubre de 1954 - 5 de marzo de 1955.



La aventure de un clásico

Vincent Debaene: “Entre actuar y pensar, Lévi-Strauss se negó a escoger”

[Vincent Debaene](#), entrevista hecha por Frédéric Manzini, publicada el 16 de agosto de 2023

Para este especialista en Claude Lévi-Strauss, el autor de *Tristes Trópicos* funda no tanto su reflexión sobre la alternativa entre universalismo y relativismo sino sobre la relación con el otro.

«**“Un vasito de ron” es uno de los capítulos más especulativos de *Tristes Trópicos*.** Y en él aparece la más larga meditación filosófica de toda la obra, un poco aparte, en los capítulos conclusivos, mientras que el corazón del libro es narrativo, puesto que cuenta las expediciones por el Brasil. Lévi-Strauss recuerda un episodio angustioso en el que se encontró en el verano de 1938 cuando, una vez que se fueron los indios se encontró completamente solo en un campamento abandonado, en el que para su gran sorpresa le vinieron a la memoria elementos de su cultura de los que pensaba que ya se había desprendido. La cuestión del sentido de su vocación se le planteó entonces de una manera sensiblemente diferente a como se le había presentado al comienzo del libro, en el capítulo VI^o; en ese capítulo XXXVIII, titulado “Un vasito de ron”, es de una manera menos autobiográfica que filosófica como Lévi-Strauss se

interroga sobre la “*contradicción*” del etnólogo y donde aborda el problema más general del relativismo cultural. En realidad, ese capítulo es una prolongación de la controversia abierta por Roger Caillois quien, en “Ilusiones a contrapelo” publicado en 1954, había atacado violentamente la argumentación desarrollada por Lévi-Strauss en *Raza e Historia*. A nombre de la coherencia lógica primero, la objeción de Caillois se puede formular así: desde que el etnólogo escoge desinteresarse de su propia sociedad y tomar por objeto a otras sociedades distintas, ¿no está manifestando, incluso implícitamente, un juicio de valor que entra en contradicción con el principio de objetividad y de neutralidad científica que le prohíbe juzgar. Y además en el plano político: ¿no está proporcionando la antropología lecciones sobre las que nos podríamos legítimamente apoyar para transformar nuestra propia sociedad? O dicho de otro modo, ¿no habrá que escoger entre actuar y pensar? Esta interrogante interpela profundamente a Lévi-Strauss y lo tensiona, pues él había dejado de ser militante socialista, especialmente en el seno del movimiento “*Révolution constructive*” de la Sección francesa de la internacional obrera [SFIO] – de quienes fue candidato a la Asamblea de diputados.

Retrospectivamente, se puede considerar que Lévi-Strauss se desprendió de todo esto. En los años 1960, está alejado de la agitación intelectual y social, y se encierra a estudiar los mitos de las sociedades desaparecidas y redactar esa obra monumental que son las *Mitológicas*. Su reflexión política, luego, se colocará a otro nivel: en la relación de la humanidad con el viviente. Pero para el momento de *Tristes Trópicos*, no había renunciado aún a la acción política local y concreta puesto que, al final del capítulo, encara “*la reforma de nuestras propias costumbres*”.

Lévi-Strauss se niega a resolverse por una elección que se le querría imponer, como lo ilustra el pasaje concerniente a las dos formas de producir ron: por un lado, es razonable que se quieras tener más productividad estandarizada y por tanto mayores rendimientos, y sin embargo, del otro lado, también se puede querer rones artesanales, más sabrosos aunque con residuos e impurezas. En realidad se trata de una alegoría de la relación del etnólogo con la vida social: por un lado se puede desear una mejoría general de su propia sociedad, pero por el otro, es menos evidente cuando se considera una sociedad exótica, donde las impurezas no están estigmatizadas como tales. Tomemos el caso del trabajo infantil, por ejemplo: lo que en Francia aparece como una injusticia inadmisibile, para la “*mirada distante*” del antropólogo puede tener sentido en algunas sociedades, pues esta práctica se articula de manera coherente con otros aspectos de la vida social, con preceptos morales y tradiciones, con una realidad económica y una concepción de la vida familiar o de las edades de la vida♦♦. ¿Se puede a la vez ser crítico de lo suyo y desprendido o indiferente

♦♦ <por estas tierras, hasta hace 50 años nuestras familias católicas recibían a los niños con “la arepa bajo el brazo” con la que los despachaba Dios mismo, es decir: con las dos manos para el trabajo desde infantes... Paláu>

cuando se considera a las otras sociedades?♦* Para decirlo de otra manera: al universalismo que aporta necesariamente con él una forma de intolerancia (puesto que postula la existencia de valores superiores a escala de la humanidad, lo que finalmente justifica la acción política y, por qué no, el colonialismo) se opone el relativismo quietista y conservador, que se rehúsa a toda forma de intervención y para la que los valores sólo tienen pertinencia local♦♦.

Si hubiera absolutamente que admitir los términos de esta alternativa, entonces Lévi-Strauss sería relativista –como por lo demás lo son todos los antropólogos pues existe claramente una lección de la antropología: ella nos exhorta a desconfiar de la reprobación instintiva que podemos experimentar ante el espectáculo de costumbres que nos son ajenas, y a moderar nuestro juicio. Por eso escogió abordar el caso de la antropofagia, que tanto horror suscita entre nosotros, al que Lévi-Strauss se apresura a oponerle *“nuestras costumbres judiciales y penitenciarias [de] antropemia (del griego émein, vomitar) por las que lanzamos a la prisión, por fuera del cuerpo social, a los individuos juzgados indeseables. Es el lado Cartas persas de la etnología: en el espejo de las otras sociedades, relativicemos nuestros propios valores y desconfiemos de lo que podría parecernos espontáneamente bárbaro o feroz”*.

Pero esta moderación no nos prohíbe juzgar o querer reformar nuestra propia sociedad. *“Ninguna sociedad es perfecta”*, previene Lévi-Strauss, dicho de otro modo, ninguna está exenta de crueldad, cada una tiene su propia coherencia y su propio referencial. Sin embargo, no por esto tendremos que concluir que el estado social es en sí mismo injusto, sino más bien que es menester que nos apoyemos en la comparación entre todas las sociedades para inferir los principios de una sociedad vivible.

Fue Rousseau el que comprendió perfectamente esto y al que Lévi-Strauss le quiere hacer justicia. En efecto, contrariamente a lo que a veces se dice de él, el autor del *Contrato social* no idealiza el estado de naturaleza, como tampoco idealiza a las sociedades exóticas. Por lo demás hay que insistir en que para Rousseau, no existe sociedad que sea natural en la medida en que él considera que el estado natural del hombre es ya desde siempre un estado social. Lévi-Strauss va incluso más lejos: no contento con elogiar a Rousseau, escribe que él es *“el más etnógrafo de los filósofos [incluso] si nunca viajó a tierras lejanas”*. La paradoja sólo es aparente: lo que caracteriza fundamentalmente a la etnografía, no es el viaje sino el terreno. Ahora bien, este terreno no tiene necesidad de estar lejos. Observarse a uno mismo y observar, por ejemplo, el desagrado que se puede experimentar ante tal o cual práctica, y poner esto al servicio de la reflexión para hacer de sí mismo *“el instrumento de su propia*

♦* <en aquellas épocas, en los pueblos indígenas veíamos los domingos por la tarde, al marido tambaleándose y a la mujer con el bulto al hombro, echar camino hacia la vereda... Paláu>

♦♦ <si el marido le está dando una “muenda” por algo será, Paláu>

observación”, como lo escribirá más tarde Lévi-Strauss, es ya ser etnógrafo^{♦♦}. Rousseau lo demostró. Es siguiendo su ejemplo como Lévi-Strauss funda su reflexión sobre la relación con el otro: poco importa que ese otro está en mí mismo o por fuera de mí, en otras sociedades o en el mundo viviente en general.»

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, octubre 19 de 2023

♦♦ <Foucault es etnógrafo y teatrólogo en su célebre texto: “Médicos, jueces y brujos en los siglos XVII y XVIII” Paláu>